

## ENCUENTROS CON LAS LETRAS

El programa literario emblemático de la televisión española surgió del empeño personal de Carlos Vélez, quien tuvo claro que era posible en aquellas sazones de 1976 filmar una auténtica revista literaria y emitirla por las antenas de un país en profundo cambio. La prehistoria de *Encuentros con las letras* no hay que buscarla, allá por el duro invierno de 1976, tanto en las efímeras probatinas que malcuajaron en el seminal *Revista de las artes y las letras* y sus secuelas –no menos fugaces– *Revista de las artes* y *Revista de las letras*, que terminarían confluyendo nuevamente en *Encuentros*, sino tal vez dos años antes, en el aire más *respirable* y *aperturista* de febrero de 1974, el cual el propio Vélez contribuyó a purificar con su talante decididamente liberal como director de dramáticos en Televisión Española, o incluso mucho tiempo atrás, cuando Vélez hubo de dirigir una de las revistas más significadas del *falangismo de izquierdas*, la empresa literaria *Acento Cultural* (1958-1961). Y es que *Encuentros con las letras* heredó más de lo que pueda parecer de la veterana *Acento*, ya no sólo aspectos formales como el gusto por la partición en secciones de título atractivo o por la afición a los comentarios cercanos a lo que entendemos por *editorial*, sino también una nómina de participantes y asesores que habían engrosado en su juventud la de colaboradores de *Acento* (Isaac Montero, Daniel Sueiro, Rafael Conte...), un designio incontestablemente *intelectual* (defensa de la autonomía en el campo de la crítica, convicción en la posibilidad de encauzar la opinión del televidente y cambiar así el panorama cultural español...) y una meridiana ideología *progre*. En este sentido, si *sospechoso* hubo de ser siempre para el sector más duro del régimen el leonés Carlos Vélez, reos de izquierdismo lo fueron aquellos que Vélez convocó para formar parte del primer cuadro técnico y asesor de *Encuentros con las artes y las letras*. Así Isaac Montero –pero también, más adelante, su esposa Esther Benítez–, el también novelista Daniel Sueiro, Roberto Llamas, Joaquín Barceló, Alfredo Castellón, Paloma Chamorro, Juan Antonio Méndez...

Con estas premisas ideológicas y un mucho de entusiasmo arrancó el primer número de *Encuentros con las artes y las letras* la noche del viernes 7 de mayo de 1976 por la segunda cadena de Televisión Española. El cuadro técnico lo conformaron Carlos Vélez como director y guionista, Alfredo Castellón como realizador, Marino Méndez como productor, el actor Roberto Llamas como presentador, Paloma Chamorro y Joaquín Barceló como asesores de arte, César Gil como asesor de teatro, Juan Antonio Méndez como asesor sobre temas de pen-

samiento y filosofía y Daniel Sueiro como asesor literario. Con el paso de los primeros programas de esta etapa inaugural, se fueron incorporando como asesores Miguel Bilbatúa, Antonio Castro, José Luis Jover, Jesús Torbado, Fernando Sánchez Dragó y Elena Escobar, quienes alimentaron notablemente la llama *progre* del espacio, y como director de filmados Mario Gómez.

Para mayor gloria y éxito del programa, hubo de nacer *Encuentros con las artes y las letras* la misma semana que el diario *El País*, el mismo mes que la revista *Historia 16* y el mismo año que el vespertino *Diario 16*. Muy revelador del tiempo histórico y de los propósitos de *Encuentros* es que precisamente en el primer número del espacio Roberto Llamas leyera el editorial del recién nacido *Historia 16* suscribiendo punto por punto cada una de sus voluntariosas afirmaciones y trasasándolas automáticamente al cuaderno de intenciones del programa. En esta sintonía entre los editoriales de los dos medios destacan dos sintagmas de enorme significación en el momento: «recuperar [la historia de España]» con «enorme ilusión».

Esta ilusión por restaurar la perdida durante años modernidad cultural española guió los pasos de *Encuentros con las artes y las letras* en una serie de 41 programas –más uno, antológico, el 8 de agosto, que recogía lo mejor de los primeros 14, y cuya simple emisión excepcional connotaba el inesperado éxito del espacio– de periodicidad semanal y de duración no menos *entusiasta*: nada menos que hora y treinta minutos de promedio por emisión llenaban la parrilla televisiva de los viernes a la noche.

Bien hay que decir, a fuerza de sinceros, que la modernidad de estos primeros *Encuentros* recayó con mayor acento en las secciones artísticas, más atentas a la sucesión de *galerías*, que en los apartados puramente literarios, muy proclives a tratar de la *normalización* de la política cultural española. Tal vez a esta certeza coadyuvó la precoz veteranía de Chamorro, quien conocía el formato de la divulgación televisiva desde los beneméritos programas *Galería* (1973) y *Cultura2* (1974). A todos les unía, sin embargo, una sensación de urgencia y clamor colectivos por hacer cosas nuevas que en la España *progre* de aquellos años tan bien simbolizó el éxito de la canción protesta. No extraña que muchos de los *cantastorie* más afamados pasaran por estos *Encuentros* y contribuyeran con sus actuaciones en el programa no sólo a dar *color histórico* al espacio, sino seguramente una pizca más de popularidad. A tal punto llegó esta crisis de crecimiento que el *split* del programa en dos distintos, literario y artístico, estaba servido ya desde los inicios de 1977. Antes de que nacieran los hijuelos de *Encuentros con las artes y las letras*, *Trazos* y *Encuentros con las letras*, y mientras se iban montando los últimos programas del espacio-madre, comenzó la costumbre de emitir en semanas alternas un espacio de teatro-fórum, *Teatro Club*, que anticiparía los futuros *Teatro Estudio* y *Teatro*.

El primer programa de *Encuentros con las letras* saldría en antena el viernes 15 de abril de 1977 –de aquí a su extinción, el programa, contando los espacios de *Encuentros con las artes y las letras*, alcanzaría los 276 espacios editados–. Roberto Llamas sustituía a Alfredo Castellón en las tareas de realización, y abandonaban la nave para sumarse al buque de *Trazos* Paloma Chamorro y Joaquín Barceló. En los primeros meses de andadura se detecta un claro interés por parte de Vélez y asesores (colaborador asiduo comenzará a ser Rafael Conte, y ya en 1978 entrarían Esther Benítez y Andrés Trapiello) por fraguar programas monográficos siguiendo la moda de los *dossiers* (el 27, el exilio, el *boom* hispanoamericano...) que tanto fatigó las planchas de muchos mensuales de la alta transición. Son programas de mérito, por lo que suponen de esfuerzo y coordinación de redacción, con bastante reportaje filmado, pero también eran programas caros, toda vez que *Encuentros* mantenía la hora y media de duración media del programa. Quizá por estas razones desde principios del 78 –el programa había pasado a emitirse los martes desde el del 29 de noviembre de 1977– se vuelve a una mayor diversificación de contenidos –libérrima disposición que acabará caracterizando al programa– y a una reformulación de los monográficos en forma de mesas redondas, más baratas de producir. Estas circunstancias también explican el nacimiento de *Teatro Estudio*, programa teatral vinculado a *Encuentros*, que se emitiría –en sus inicios no siempre con regularidad matemática– una vez al mes.

Esta primera etapa alcanza hasta el programa del 13 de junio de 1978, 100 de *Encuentros* –ordinal que no contaba con los 41 anteriores–, celebrado en el 101 con una mesa redonda acerca de los «Signos de una nueva cultura a los dos años y medio de la desaparición de la dictadura en España», que revela por un lado el estado de cosas, abandonadas las emergencias y optimismos iniciales, en el fiel de los años de la transición, y por otro la vocación intelectual y tutelar de *Encuentros*.

De ese junio de 1978 en adelante –el 6 de julio inauguró el nuevo día de emisión del programa, ahora los jueves– se observa un cambio desde las posiciones de documentalismo intelectual a otras, diríamos, de columnismo periodístico. Es decir, el peso individual de los comentarios personales y de las afinidades electivas de cada uno de los miembros del equipo asesor de *Encuentros* fue mayor que la programación de equipo. Así, si Torbado o Sueiro siguieron fieles a sus pasiones por el realismo social o documental, por la revisión de la Guerra Civil, el franquismo y el posfranquismo, fueron ganando terreno los intereses de Sánchez Dragó por todo tipo de *disidencias* –título de una sección del programa que pasaría, con rifirrafe incluido por aquello del registro intelectual, a cabecera del cultural de *Diario 16*–, desde las contraculturales a las simbolizadas en Arrabal o Juan Goytisolo. Si por un lado se observa cierta fatiga en la labor de los primeros «compañeros de viaje» ante la lenta

pero segura *normalización* de la vida política y cultural del país, por el otro se acentúa el carácter, al parecer, *provocador* de algunas secciones del programa. Así lo entendieron los instancias rectoras de Televisión –los sectores más conservadores de UCD, siempre al acecho del programa, primero por su *comunismo*, luego por su *intelectualismo* irritante–, que comenzaron a censurar espacios enteros o apartados del mismo. Así ocurrió el 21 de diciembre de 1978, cuando no se emite la entrevista a Julián Marcos; el 19 de abril de 1979 se censura la mesa redonda acerca del premiado *Gárgoris y Habidis* de Sánchez Dragó; el 14 de junio no se emite, por *imperativos*, el monográfico dedicado a las «señas de identidad de la cultura catalana»; o, en fin, por «apología del terrorismo» se censura el que debería haberse emitido el 20 de noviembre de 1980. Que en junio de 1979 se nombrase como director adjunto del programa a José Luis Castillo-Puche para *controlar* los excesos del mismo forma parte de una labor de acoso al programa que continuaría hasta su final mediante la realización –por parte del mismo Castillo-Puche– de programas de letras alternativos a *Encuentros*, que fueran menos *elitistas* y *endogámicos* (así se solía calificar el espacio de Vélez en sus últimos tiempos), o a través del ahogamiento económico y del acortamiento de su duración.

*Encuentros con las letras* estaba condenado a desaparecer mucho antes de octubre de 1981. Así, en el último tramo de vida del programa, *Teatro Estudio* pasó a llamarse *Teatro* desde el 30 de octubre de 1980, incluyendo ya no reposiciones de obras teatrales, sino realizaciones originales, pero al parecer desde principios de 1981 Sánchez Dragó ya preparaba su propio espacio. En la primavera de aquel 1981 –concretamente el 25 de abril– se cambia el día de programación al sábado –en la parrilla televisiva tenía que competir con el popular cine de los sábados–, y se reduce el presupuesto drásticamente, así como la duración, que pasaba a ser de una hora (por lo menos ya no se programó *Teatro*, con lo que *Encuentros* visitaba los televisores de los españoles cuatro veces de media al mes). En fin, que en el verano de 1981 ya se sabía con toda certeza que *Encuentros con las letras* terminaba y que se apresuraba la producción de su sucesor, *Alcores*.

El 10 de octubre de 1981 se emitía el último programa de *Encuentros con las letras*. Dejaba un legado irrepetible en forma de *revista literaria* (no sólo de *programa sobre libros*) que atendió a la actualidad del mundillo de las letras tanto como al patrimonio cultural español, señaladamente el comprendido entre 1927 y 1956, aquel que urgía recuperar tras cuarenta años de dictadura. Pero ha quedado, sobre todo, una manera, una puesta en escena especial, ya no repetida en la Televisión desde entonces, consistente en el tratamiento moroso, detenido, de temas, libros y personajes, en largas entrevistas, con un decorado sobrio. Y también una libre disposición de los contenidos, que se solían suceder sin necesidad de entradillas de presentadores, y que se deben al talante

abierto del director de *Encuentros*, Carlos Vélez. La estructura flexible del programa se manifestó en el título de sus secciones, cambiantes y atractivos: «La letra de la canción», «Se platica»... en el primer tramo del programa; y «Las señas de identidad», «Protagonistas y testigos», «Biblioteca de Encuentros», «Otras voces, otros ámbitos», «Paseo con libros»... en el segundo. Sin embargo, al margen de monográficos memorables, *Encuentros con las letras* siempre mantuvo unos signos de reconocimiento y de identidad fundamentados en el estilo de los rótulos, la sintonía musical, los sumarios de entrada, la cabecera, el decorado... y esencialmente en la presencia de al menos un miembro del equipo en todas y cada una de las filmaciones. Los enemigos del programa hablaban de Carlos Vélez *y su cuadrilla*, pero es que *Encuentros* siempre tuvo clara su vocación de libérrima intermediación intelectual.

Juan Carlos ARA TORRALBA